
Estás visitando el diario virtual de **chicodejosazules** publicado en:

badguysrock@webjournal.com

Publicado el: *lunes, 28 de enero, a las 02.56*

Acceso: *público*

Estado de ánimo: *nostálgico*

Estoy escuchando: *Captain Beefheart: «Ice Cream For Crow»*

El color del asesinato es el azul, piensa. Azul claro, de cortina de humo azul, un azul congelado, *post mortem*, como el de una bolsa para cadáveres. En muchos sentidos es también *su* color, que recorre todos sus circuitos como una descarga eléctrica, que grita asesinato azul sin parar.

Hay colores azules por todas partes. Los ve, los siente en cualquier lugar, desde el azul de la pantalla de su ordenador hasta el de las venas de sus manos, marcadas y retorcidas como el rastro de los gusanos de arena en la playa de Blackpool, a la que solían ir los cuatro todos los años para su aniversario. Se comían un helado de cucurucho, chapoteaban en el agua y trataban de atrapar los escurridizos cangrejos bajo los montones de algas para meterlos en un cubo, donde morían bajo el calor abrasador del día de su cumpleaños.

Tiene tan sólo cuatro años, y hay una inocencia peculiar en su forma de llevar a cabo esos pequeños asesinatos, libres de culpa. En el acto no hay malicia alguna, sino tan sólo una profunda curiosidad por ese bicho que intenta escapar, moviéndose una y otra vez en el fondo del cubo de plástico azul; luego, unas horas después, dándose por vencido, con las pinzas abiertas, vuelve hacia arriba su vientre de vivos colores en un inútil gesto de rendición, cuando él ya hace rato que ha perdido el interés y se está comiendo un helado de café (una elección sofisti-

cada para un niño tan pequeño, aunque la vainilla nunca le gustó); entonces, cuando vuelve a fijarse en el cangrejo, al atardecer, cuando ya ha llegado el momento de vaciar el cubo y volver a casa, se queda vagamente sorprendido al descubrir que el bicho está muerto y se pregunta cómo es posible que en algún momento llegara a estar vivo.

Su madre lo observa mientras está tumbado en la arena, con los ojos muy abiertos, golpeando aquel bicho muerto con la yema de un dedo. La mayor preocupación de su madre no es que su hijo sea un asesino, sino el hecho de que es muy impresionable: hay muchas cosas que lo alteran y que ella no es capaz de comprender.

–No juegues con eso –le dice–. Es asqueroso. Levántate de ahí.

–¿Por qué? –responde él.

Buena pregunta. Los bichos guardados en el interior del cubo habían estado allí todo el día, pensó él.

–Están muertos –concluye–. Los he recogido, y ahora están todos muertos.

Su madre le coge en brazos. Eso es precisamente lo que se temía, alguna clase de arrebato: lágrimas, tal vez, algo que haría mirar a las otras madres por encima del hombro y provocaría alguna sonrisa sarcástica.

Ella lo consuela.

–No es culpa tuya. Sólo ha sido un accidente. Tú no tienes la culpa.

Un accidente, piensa él para sus adentros. A estas alturas ya sabe que se trata de una mentira. No ha sido un accidente; ha sido culpa *suya*, y el hecho de que su madre lo niegue lo confunde incluso más que su voz chillona y la forma vehemente en que lo sujeta entre sus brazos, manchándole la camiseta de aceite solar. Él se aparta con brusquedad –odia los escándalos– y su madre se queda mirándolo con expresión inquieta, preguntándose si se va a echar a llorar.

Él se pregunta si no debería hacerlo. Quizás es lo que ella espera que haga. Sin embargo, ahora él es capaz de sentir lo ansiosa que está, hasta qué punto trata de impedir que sufra. Y el olor de la angustia de su madre es como el del coco del aceite solar mezclado con el sabor de una fruta tropical. De repente llega hasta él –¡Muerto! ¡Muerto!– y entonces sí empieza a llorar.

Acto seguido, ella echa arena con el pie sobre el resto de su captura –un caracol y un pececillo de cuerpo plano que se revuelve en el suelo, con la boquita cerrada dramáticamente en forma de medialuna–, mientras sonrío y dice, gritando: *¡Ya está, ya se han ido!*, en un intento por con-

vertirlo todo en un juego mientras lo agarra con fuerza, para que ningún atisbo de culpa pueda ensombrecer la mirada de su niño de ojos azules.

Es tan sensible, piensa ella. Tan extraordinariamente imaginativo. Sus hermanos están hechos de otra pasta, con sus rodillas llenas de costras, su pelo despeinado y sus peleas en la cama. Sus hermanos no necesitan su protección. Se tienen el uno al otro y tienen amigos. Les gusta el helado de vainilla, y cuando juegan a los vaqueros, con dos dedos levantados para simular una pistola, siempre llevan sombreros blancos y castigan a los villanos.

Sin embargo, él siempre había sido diferente. Curioso. Impresionable. *Piensas demasiado*, le dice ella a veces, con la expresión de una mujer demasiado enamorada para reconocer cualquier defecto en el objeto de su devoción. Él es consciente de hasta qué punto lo adora y de que quiere protegerlo de todo, de cualquier sombra que pueda oscurecer el cielo azul de su vida, de cualquier posible herida, incluso de las que se causa él mismo.

Porque el amor de una madre es incondicional, desinteresado y abnegado; el amor de una madre es capaz de perdonarlo todo: las rabietas, los llantos, la indiferencia, la ingratitud o la crueldad. El amor de una madre es un agujero negro que engulle todas las críticas, absuelve todos los pecados y disculpa las blasfemias, los robos y las mentiras, y transforma incluso el acto más abominable en algo de lo que él no tiene la culpa...

¡Ya está, ya se han ido!

Incluso un asesinato.

Escribe un comentario:

Capitanmataconejos: *¡Ja, ja, ja ¡Tío, estás colocado!*

ClairDeLune: *Esto es maravilloso, chicodeojosazules. Creo que deberías escribir más acerca de la relación que tienes con tu madre y la forma en que ésta te afecta. No creo que haya nadie que nazca siendo malvado; simplemente tomamos decisiones, eso es todo. ¡Estoy ansiosa por leer la siguiente entrega!*

JennyTrucos: *(comentario borrado).*

JennyTrucos: *(comentario borrado).*

JennyTrucos: *(comentario borrado).*

chicodeojosazules: *Vaya, gracias...*

Estás visitando el diario virtual de **chiccodejosazules**.

Publicado el: *lunes, 28 de enero, a las 17:39*

Acceso: *restringido*

Estado de ánimo: *virtuoso*

Estoy escuchando: *Dire Straits: «Brothers In Arms»*

Mi hermano llevaba muerto menos de un minuto cuando la noticia llegó a mi WeJay. Eso es lo que suele tardar: seis o siete segundos para grabar la escena con la cámara del móvil, cuarenta y cinco para subir la grabación a YouTube y diez para hacerla llegar a todos tus amigos a través de Twitter... ¡13.06, oh, Dios mío! *Acabo de ver un terrible accidente de tráfico...*, y justo después la retahíla de mensajes a mi diario virtual, los comentarios, los correos electrónicos y los ¡oh, Dios mío!

En fin, podéis ahorraros las condolencias. Nigel y yo nos odiábamos desde el día en que nació, y nada de lo que ha hecho –incluso pasar a mejor vida– ha provocado cambio alguno en mis sentimientos. Sin embargo, después de todo, *era* mi hermano. Creedme, tengo un poco de sensibilidad. Y, evidentemente, mamá debe de estar destrozada, a pesar de que él no fuera su favorito. Aunque en un momento de su vida fue madre de tres hijos, ahora sólo le queda uno. Un servidor, *chiccodejosazules*, que ahora se ha quedado casi solo en este mundo...

Como de costumbre, la Policía se tomó su tiempo. Estuvieron en casa cuarenta minutos. Mamá estaba abajo, preparando la comida: chuletas de cordero y puré de patatas, y de postre, tarta. Durante meses apenas he probado bocado, y de repente tenía un hambre feroz. Tal vez necesito que se muera un hermano para que se me abra el apetito.

Desde mi habitación seguí toda la escena: el coche de la Policía, el timbre, las voces, el grito. El ruido de algo en la entrada –el teléfono que hay encima de la mesa, supongo– estrellándose contra la pared mientras ella se desvanecía y la sujetaban dos agentes al tratar de agarrarse al aire con las manos extendidas. Y luego el olor a carne quemada, probablemente las chuletas que había dejado en la plancha cuando fue a abrir la puerta...

Ésa fue mi señal. Era el momento de desconectar, el momento de poner música. Me pregunté si podría largarme escuchando mi iPod. Mamá está tan acostumbrada a verme con él que puede que ni siquiera se hubiese dado cuenta. Sin embargo, los dos agentes eran otra historia, por supuesto, y lo último que quería en ese momento era que alguien pensara que soy un insensible...

–¡Oh, B. B.! ¡Ha ocurrido algo *horrible*...!

Mi madre es un poco melodramática. Con el rostro convulso y los ojos y la boca completamente abiertos, parecía una máscara de Medusa. Me tendió los brazos como si quisiera arrastrarme con ella, me clavó los dedos en la espalda, sollozando junto a mi oído derecho –indefenso sin mi iPod–, y derramó las lágrimas de su máscara azul en el cuello de mi camisa.

–Mamá, por favor.

Odio los escándalos.

La oficial de Policía (siempre hay una) tomó las riendas para consolarla. Su compañero, un hombre mayor, me miró, con la paciencia casi agotada, y dijo:

–Señor Winter, ha habido un accidente.

–¿Nigel? –dije yo.

–Me temo que sí.

Conté los segundos en mi cabeza, mientras volvía a escuchar mentalmente la guitarra de Mark Knopfler en «Brothers In Arms». Sabía que me estaban estudiando, y no podía cometer ningún error. No obstante, la música facilita las cosas, minimiza las reacciones emocionales poco apropiadas, permitiéndome actuar, si no con entera normalidad, sí al menos como los demás esperan que lo haga.

–No sé por qué, pero lo sabía –dije, al final–. He tenido una sensación extraña.

El hombre asintió con la cabeza, como si supiera a qué me refería. Mamá seguía despotricando, fuera de sí. *Estás exagerando, mamá,*

pensé; tampoco estaban tan unidos. Nigel era una bomba de relojería; aquello era algo que tarde o temprano tenía que ocurrir. Además, los accidentes automovilísticos son muy habituales hoy en día, una tragedia inevitable. Una capa de hielo, una carretera muy concurrida: casi el crimen perfecto, podríais decir, casi bajo sospecha. Me pregunté si debería llorar, pero decidí hacerlo todo más sencillo. De modo que me senté, casi tambaleándome, y coloqué la cabeza entre las manos. Siempre he sido propenso a los dolores de cabeza, sobre todo en momentos de estrés. *Finge que no es real, chicodeojosazules. Que es tan sólo una entrada en tu WeJay.*

Una vez más, busqué consuelo en mi imaginaria lista de reproducción, justo donde había entrado el batería, un sutil contrapunto al riff de la guitarra que suena casi perezosamente, sin esfuerzo alguno. Es difícil que algo sea tan preciso, pero Knopfler tiene unos dedos como espátulas, increíblemente largos. Casi se diría que había nacido para tocar ese instrumento, que estaba destinado desde niño a sujetar el mástil de una guitarra y a rasgar sus cuerdas. Si hubiese nacido con unas manos distintas, ¿habría llegado a sostener una guitarra? ¿O lo habría intentado a pesar de todo, consciente de que siempre sería un mediocre?

–Mi hijo, ¿iba solo en el coche?

–¿Disculpe, señora? –repuso el oficial.

–¿No iba.... una chica... con él? –preguntó mamá, con el acostumbrado desprecio que siempre se reserva para cualquier discusión sobre la novia de Nigel.

El oficial negó con la cabeza.

–No, señora.

Mamá me clavó los dedos en el brazo.

–Mi hijo era un conductor excelente.

Bueno, eso sólo demuestra lo poco que le conoce. Nigel conducía con la misma templanza y delicadeza con la que abordaba sus relaciones. Y yo debería saberlo: aún tengo algunas marcas. Pero ahora que está muerto es un dechado de virtudes. ¿Acaso es justo, después de todo lo que he hecho por ella?

–Voy a prepararte una taza de té, mamá.

Cualquier cosa con tal de salir de aquí. Me dirijo hacia la cocina, pero el oficial se interpone en mi camino.

–Me temo que necesitaremos que nos acompañe a la comisaría, señor.

De pronto noto la boca muy seca.

—¿A la comisaría? —pregunto.

—Para las formalidades, señor.

Por un momento imagino que van a detenerme y que salgo de casa esposado. Mamá está llorando, los vecinos conmocionados y me veo a mí mismo vestido con un mono naranja (un color que *no* me sienta nada bien), encerrado en un cuarto sin ventanas. En la ficción, me arriesgo y huyo: golpeo al oficial, le robo el coche y estoy al otro lado de la frontera antes de que la Policía pueda hacer circular mi descripción. En la vida real...

—¿Qué clase de formalidades?

—Necesitamos que identifique el cadáver, señor.

—Ah, ya.

—Lo siento, señor.

Mamá me obligó a hacerlo, por supuesto. Ella esperó fuera mientras yo identificaba lo que había quedado de Nigel. Intenté planteármelo como si fuera algo ficticio, imaginarme que estaba en el decorado de una película, pero, aun así, me desmayé. Me llevaron a casa en una ambulancia. A pesar de todo, mereció la pena. Que estuviera muerto, librarne de ese cabrón para siempre...

Todo esto es pura ficción, como comprenderéis. Nunca he matado a nadie. Ya sé que te dicen *escribe lo que sepas*, como si alguna vez pudieras escribir lo que sabes, como si *saber* fuera lo más importante, cuando lo más importante es el deseo. No obstante, desear que mi hermano estuviera muerto no es lo mismo que cometer un crimen. No es culpa mía si el universo sigue mi diario virtual. Y la vida sigue —para la mayoría de nosotros—, como siempre lo ha hecho, y *chicodejosazules* duerme el sueño de los justos... e *incluso* el de los inocentes.

3

Estás visitando el diario virtual de chicodejosazules.

Publicado el: *lunes, 28 de enero, a las 18.04*

Acceso: *restringido*

Estado de ánimo: *pesado*

Estoy escuchando: *Del Amitri: «Nothing Ever Happens»*

Eso fue hace dos días. Ahora ya estamos volviendo a normalidad, salvo por los preparativos del funeral. Hemos recuperado nuestros cómodos rituales, nuestras pequeñas rutinas cotidianas. Para mamá significa quitar el polvo a los perros de porcelana. Para mí, por supuesto, significa *Internet*: mi WeJay, mis listas de reproducción, mis asesinatos.

Internet. Una palabra interesante. Es como algo sacado de las profundidades. Una red para algo que ha sido inhumado o algo que fuera a inhumarse; una sala de espera para todas las cosas que preferimos mantener en secreto en nuestra vida real. Y aun así, nos gusta mirar, ¿verdad? A través de un cristal, de forma borrosa, vemos cómo se mueve el mundo: un mundo poblado de sombras y reflejos, siempre a la distancia de un clic del ratón. Un hombre se suicida... en directo, ante una cámara. Es repugnante, pero extrañamente compulsivo. Nos preguntamos si será un fraude. Podría ser un fraude; cualquier cosa podría serlo. Sin embargo, todo parece mucho más real cuando lo ves en la pantalla de un ordenador. Así, incluso las cosas que vemos todos los días –puede que *sobre todo* esas cosas– cobren un significado extra cuando se contemplan a través del ojo de una cámara.

Esa chica, por ejemplo. La chica del abrigo rojo que pasa frente a mi casa casi todos los días, con el pelo alborotado y ajena al ojo de la cámara que la observa. Tiene sus costumbres, igual que yo. Y conoce

el poder del deseo. Sabe que el mundo no se mueve por amor, ni siquiera por dinero, sino por *obsesión*.

¿Obsesión? Por supuesto. Todos estamos obsesionados. Obsesionados con la televisión, con el tamaño de nuestra polla, con el dinero, la fama y la vida amorosa de los demás. Este mundo virtual, lejos de ser virtuoso, es un apestoso estercolero de basura mental, un batiburrillo de ideas y cuchilladas, de concesionarios de automóviles y venta de Viagra, de música y juegos y cotilleos y mentiras y pequeñas tragedias personales perdidas en el tiempo, esperando que alguien se preocupe por ellas aunque sólo sea una vez, esperando que alguien se conecte...

Y ahí es donde entra en juego WeJay. El diario virtual, el sitio donde todo tiene cabida. Entradas restringidas para disfrute privado, y públicas..., bueno, para todos los demás. Con él puedo desahogarme cuando quiera y hacer confesiones sin miedo a la censura; puedo ser yo mismo –o, para el caso, cualquiera– en un mundo en el que nadie es lo que parece y cada miembro de cada tribu es libre para hacer lo que más desea.

¿Tribu? Sí, aquí todo el mundo tiene su tribu, cada una de ellas con sus divisiones y subdivisiones, con sus venas binarias y sus vasos capilares diversificándose en una serie casi infinita de variantes mientras se distancian del orden establecido. El rico en su castillo, el pobre en su madriguera, el pervertido con su cámara web. Nadie se ve obligado a cazar en solitario, aunque sí lejos del grupo del que se ha distanciado. Aquí todo el mundo tiene un hogar, un lugar donde alguien le acogerá y en el que hay platos para todos los paladares...

La mayoría de la gente opta por la elección más común. Siempre piden vainilla. La vainilla define a los buenos chicos, igual que la Coca-cola. Su conciencia está tan blanca como sus dientes perfectos; todos son altos, están bronceados y son presentables. Comen en McDonald's, sacan la basura, tienen un postgrado y nunca disparan a un hombre por la espalda.

Sin embargo, los chicos malos tienen mil sabores. Los chicos malos mienten, engañan y aceleran los corazones... O a veces hacen que se detengan de repente. Y ése es el motivo por el que he creado *badguys-rock*: en principio era una comunidad WeJay dedicada a los villanos a través de un universo de ficción, pero ahora es un foro para que los chicos malos puedan pasarlo bien más allá de la ética de la Policía,

para presumir de sus crímenes, para jactarse de ellos, para exhibir su maldad con orgullo.

Actualmente, la inscripción está abierta; el precio para ser admitido es un comentario..., ya sea un relato ficticio, un ensayo o una simple chorrada. Si hay algo que quieras confesar, éste es el sitio para hacerlo: nada de nombres ni reglas ni colores..., salvo uno.

No, no es el *negro*, como podríais suponer. El negro es demasiado limitado. El negro implica falta de profundidad. Sin embargo, el azul es creativo, es melancolía. El azul es la música del alma. Y el azul es el color de nuestro clan, que abarca todos los matices de la maldad, todos los sabores de los deseos impíos.

Por el momento, es un clan pequeño, con menos de doce asiduos.

En primer lugar está *Capitanmataconejos*: Andy Scott, de Nueva York. Su blog es una mezcla de humor absurdo, fantasías pornográficas y violentas invectivas –contra los negros, los maricas, los gilipollas, los gordos, los cristianos y, últimamente, los franceses–, aunque dudo que alguna vez haya matado una mosca.

Luego está *chrysalisbaby*, alias Chryssie Bateman, de California. Es la típica foca; está a dieta desde los doce años, y ahora pesa más de ciento treinta kilos. Su debilidad es enamorarse de hombres crueles. Nunca aprende. Y nunca lo hará.

Después está *ClairDeLune*, Clair Mitchell para los amigos. Ésta vive aquí; da clases de autoexpresión creativa en la Universidad de Malbry (lo que explica su tono expositivo ligeramente superior y su afición a la cháchara psicológica) y dirige un grupo de escritores *on-line*, así como una página web de fans de un actor de mediana edad –vamos a llamarle Ángel Blue– con el que está obsesionada. Ángel es una elección fuera de lo normal, un actor especializado en personajes inmoraes, tipos trastornados, asesinos en serie y otros papeles de villano. No es una estrella, aunque su rostro le resulta popular a todo el mundo. Ella suele colgar aquí algunas fotos suyas. Curiosamente, se parece un poco a mí.

Luego está *Toxic69*, alias Stuart Dawson, de Leeds. Tras quedarse minusválido a causa de un accidente de moto, se pasa su agria vida *on-line*, donde nadie tiene por qué compadecerse de él. Y también está *Puradominacion9*, de Fife, que vive para Warcraft y Second Life, ajeno al hecho de que su vida se va consumiendo a toda velocidad. Además, hay unos cuantos curiosos y visitantes esporádicos: *JennyTrucos*, *Bom-*

baNumero29, *Jesusesmicopiloto*, etcétera, que ofrecen una divertida variedad de respuestas a nuestras entradas y van desde la admiración a la indignación, desde el aplauso al insulto.

Y finalmente, por supuesto, está *Albertine*. Decididamente, ella no es como los demás; sus comentarios tienen un tono de confesión que me parece más que prometedor; en ellos se advierte el peligro, un trasfondo sombrío, un estilo en cierto modo más parecido al mío. Y vive aquí, en el Village, a menos de doce calles de distancia...

¿Coincidencia?

No tanta. Por supuesto, la he estado espionando, sobre todo desde que murió mi hermano. No con malicia, sino con curiosidad, incluso con cierta envidia. Parece muy serena, muy tranquila, muy a salvo en el interior de su pequeño mundo, muy ajena a lo que ocurre. Sus comentarios son tan íntimos, tan desnudos y tan sorprendentemente ingenuos que nunca creerías que es uno de los nuestros, un villano entre villanos. Sus dedos bailan sobre las teclas del piano como si fueran derviches. Me acuerdo de eso, y de su voz agradable y de su nombre, que huele a rosas.

A Rilke, el poeta, lo mató una rosa. Muy *Sturm und Drang* por su parte. Un rasguño que se hizo con una espina se le infectó; un regalo venenoso que sigue haciendo de las suyas. Personalmente, no le veo la gracia. Siento más afinidad con la tribu de las orquídeas: son las subversivas del mundo vegetal, las que se agarran a la vida donde pueden, sutiles e insidiosas. Las rosas son muy vulgares, con sus pétalos rosados, su intrigante aroma, sus desagradables hojas y sus maliciosas y diminutas espinas que se clavan en el corazón...

¡Oh, rosa, estás enferma!

¿Acaso no lo estamos todos?